

CEDHJ
Comisión Estatal
de Derechos Humanos
Jalisco



Uno de estos días

Nuestros derechos se reconocen en la Constitución,
por esto, es necesario conocerlos y ejercerlos.



CEDHJ
Comisión Estatal
de Derechos Humanos
Jalisco

Nos gustaría conocerte
Visita nuestra página web
www.cedhj.org.mx

También nos puedes
encontrar en: Pedro Moreno
#1616, colonia Americana,
en Guadalajara, Jalisco

Llámanos al: 33 3669 1101,
Sin costo: 800 201 8991

Luz del Carmen Godínez González

PRESIDENTA

Esperanza Loera Ochoa

SECRETARÍA EJECUTIVA

TEXTOS:

Juana Rodríguez Gutiérrez

Por fin es sábado, no hay escuela, podré ver mi caricatura preferida. Enciendo la televisión, pero al instante la transmisión se interrumpe por una nota urgente: aparece en el monitor gente corriendo de un lado a otro y un reportero que gesticula con alarma y dice: “¡Tenga usted cuidado! El robo de identidad ocurre a cada instante. Hace unos momentos una viejecita que hacía las compras en el súper, de pronto, sin darse cuenta, olvidó quién era y qué estaba haciendo ahí, así que montó un trapeador y le daba órdenes para que caminara más rápido. También un maestro de escuela, al momento de borrar su pizarrón, de repente empezó a planear su borrador como si se tratara de un avión a escala. ¡Así que tome usted sus precauciones! Ate bien su identidad, ya que sin ella no sabríamos ni quiénes somos. ¡Sujétela bien a la cintura! Y no se la presente a extraños! ...” ¡Se me erizaron los pelos! Con la impresión de esas imágenes que al parecer alguien tomó con su teléfono celular no sabía si reír o preocuparme. ¿Qué estaba pasando?

Corrí hacia mi padre para preguntar, pero ya era demasiado tarde: se encontraba en la sala, abrazaba la televisión y le decía: “Ya, querida, no llores tanto, pronto pasará. Verás que pronto se solucionarán las cosas”, y la tele soltaba unas lagrimitas azules y redonditas y se estremecía como si tratara de aguantar un gran llanto, como si los pulmones se le inflaran y se le desinflaran muy rápido.

Corrí con mamá, pero se encontraba bailando por aquí y por allá, prendada de un disco compacto de Elvis, y tan ensimismada que ni siquiera me escuchó cuando le hablé, aunque no sé si fue porque el Rey –así le llaman a Elvis– cantaba cada vez más fuerte o porque no me quiso hacer caso.

No me queda otra opción más que Mariana, mi hermana mayor. Ya sé que no nos hablamos desde la mañana porque me comí su postre, pero seguramente ante lo que ocurre se le olvidará que está enojada conmigo y podremos hacer algo al respecto. Entro a su cuarto haciendo más barullo del acostumbrado para no sacarle un susto; pero ahora está al teléfono y es imposible que alguien logre llamar su atención cuando está ahí, hablando y

hablando hora tras hora. Pasa junto a mí y me mira como si fuera parte del muro. Me despeina un poco, pero no me habla ni siquiera dos palabras. Al menos sé que ya me perdonó.

Ya sé: iré con la abuela! ¡Sí! ¡Ella lo sabe todo!, seguramente sabrá qué pasa aquí. Tomo mi mochila, mi juguete preferido y un dulce –como dice mi mamá: más vale prevenir–. Mi abuela y mi tía no viven lejos, sólo hay que tomar un camión. Ya lo he hecho antes, así que no me da miedo ir sin mi hermana o mamá. Salgo a la calle y camino por la acera. Ahí va una niña con un oso de felpa y el oso le da golosinas que saca de su barriga. También va una señora con un enorme sombrero que no deja de toser y un niño con una bicicleta que relincha despacito, como caballo viejo. Será mejor que me dé prisa. Esto se está poniendo peor.

Dos autobuses vienen por ahí. Parece que juegan competencias, se gruñen como perros callejeros; se detienen justo frente a mí porque los ha tomado el alto por sorpresa. El sol refleja en las puertas de los camiones mi figura. ¡Pero qué ha sucedido! ¿Dónde está mi cara? ¿Mis ojos? ¿Mi pelo?

Sin pensarlo más y con gran susto corro por las calles. Todo está patas arriba. ¿Dónde están los adultos normales?, esos que caminan siempre sincronizados y mirando al infinito. No sé cuándo comencé, pero creo que estoy llorando. ¿Por qué nadie me ayuda?...

Corro, sigo corriendo. ¿A dónde ir?, ¿qué hacer?, ¿qué pasa? ¡La abuela! ¡Sí, la abuela. Estoy cerca de su casa, reconozco bien ese sauce llorón, esa casa amarilla, ¡estoy cerca! Seguramente ella lo arreglará todo. Subo rápido las escaleras, un piso; su puerta café tiene un candil en figura de querubín. Toco y nadie contesta. Entro, todo parece normal. ¡Sí, seguramente aquí sigue todo igual, igual que los años anteriores: la maceta en el mismo lugar que hace años, el canario sigue balanceándose, como siempre. ¡Sí!, aquí todo sigue igual. ¡Qué maravilla! Por fin me alegro de que la abuela sea tan obstinada y no permita que nadie se meta con sus cosas.

¡Abuela! ¡Abuela! ¿Abuela?... Nadie contesta ¿Dónde estará? ¡Noooooo! Me tiro en el sofá, nadie está para ayudarme. De repente, alguien

pega tremendo grito. Me levanto de un salto y miro donde me había sentado, ahí se encontraba un pequeño libro abierto por la mitad, con las hojas arrugadas: “Mira lo que me has hecho, y yo que tardé toda la mañana acicalándome”. Me apené tanto que me disculpé de inmediato, pero, de súbito, se quedó mirándome con sus hojitas muy atentas, y me dijo: “¡Pero vaya que estás gracioso, ni rostro tienes, ja, ja, ja!” Como no pude evitar ponerme bastante triste, el libro se dio cuenta, paró de reír y me dijo, con una preocupación bastante fingida: “¿Recuerdas quién eres?”. Yo seguí inmutable, y las preguntas siguieron: “¿Cuántos años tienes? ¿Eres niño o niña? ¿Eres moreno o rubio? ¿Tienes pecas? ¿Has mudado de dientes? ...” No lo soporté más, terminé gritando con desesperación: “¡No lo recuerdo, no recuerdo quién soy ni cómo! ¡No lo sé! ...” Y lloré, lloré como hacía mucho tiempo seguramente no lo hacía.

El libro, conmovido, dejó que llorara en paz por un buen rato. Al terminarse el primer rollo de papel intentando secar mis lágrimas, me dijo: “Busca, pide ayuda. Hasta que no recuerdes cómo eres y cómo te llamas volverás a reconocer todo y a llamarlo por su nombre, entonces todo estará bien nuevamente”. “¿Cómo?”, pregunté todavía sollozando un poco. “He venido hasta aquí en busca de ayuda, ¡y no hay nadie!”. El librito me miró nuevamente y dijo: “Tú sólo has perdido parte de tu identidad, al menos no estás como tu abuela, pensando que eres un gatito”. “¿Qué?”, pregunté, y me dirigí hasta el balcón, donde la abuela se encontraba maullando, como un pequeño gato. ¡Era demasiado! Me detuve un momento para no llorar de nuevo y corrí a la habitación. Busqué el muro, sí, ese muro tapizado de fotografías familiares. A la abuela le encantaba tenerlas ahí: mis padres, mis tíos, tías, primos y primas, toda la familia en galería exhibida de por vida. Llegué hasta ahí, pero... ¡Oh, sorpresa! En todas las fotos donde debería estar yo, sólo se encontraba mi ropa vacía, nada de rostro, ni siquiera un cabello, ¡nada! Inspeccioné cada fotografía, hasta las que se encontraban regadas por la casa, pero el resultado era el mismo: rostros vacíos.

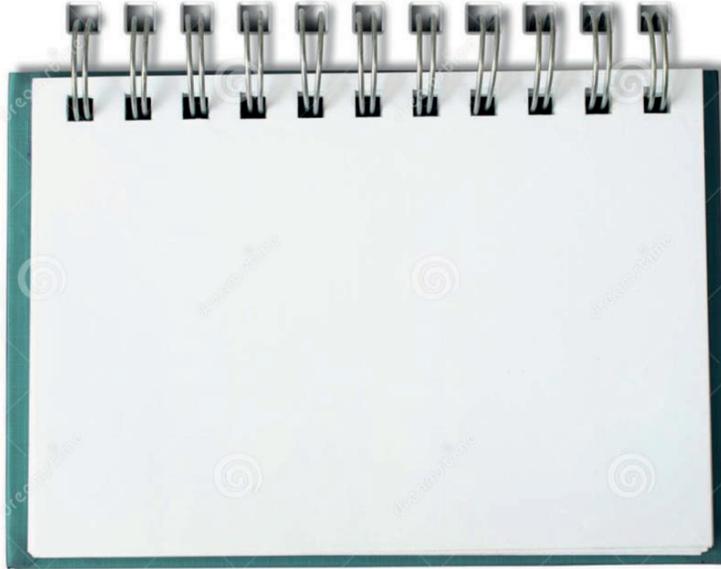
Me miré al espejo... nada. Me quedé un rato ahí, viendo al vacío y poco a poco vino una respuesta en mi auxilio: ¡Estás tú! ¿Me quieres ayudar? ¡Vamos! ¡Imagínate! ¿Cómo crees que soy?, ¿alto?, ¿pequeño?, ¿delgado?, ¿moreno?, ¿de cabello oscuro?, ¿rizado?, ¿soy niño?, ¿niña?, ¿cómo me llamo?

Uno de
estos días

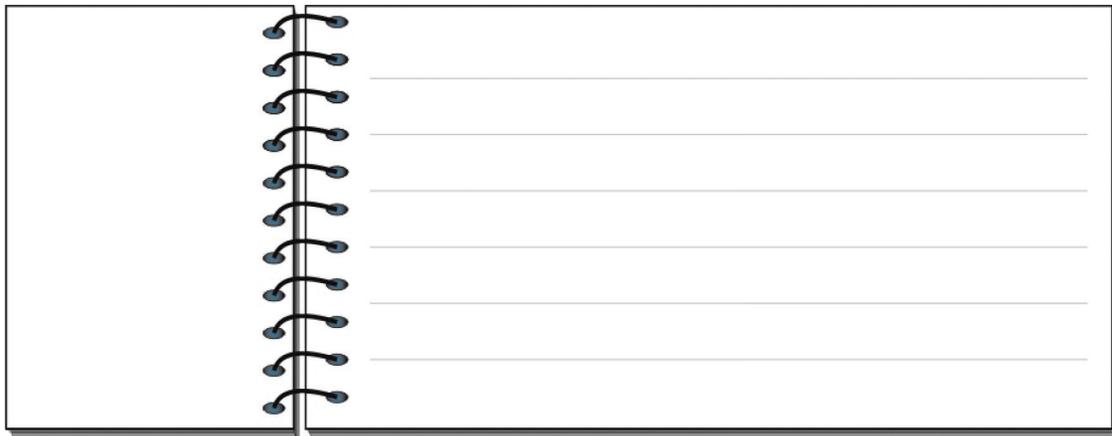
¡Vamos! Tú puedes. Haz un dibujo mío y ponme un nombre, sí, uno que empiece con esa letra que parece ganchito:



Bien, ¿cómo quedé? Y mi nombre, ¿te gusta? ¿Conoces a alguien que se llame igual que yo?, ¿quién? Escribe aquí abajo si es tu herma, hermano, prima, amigo...

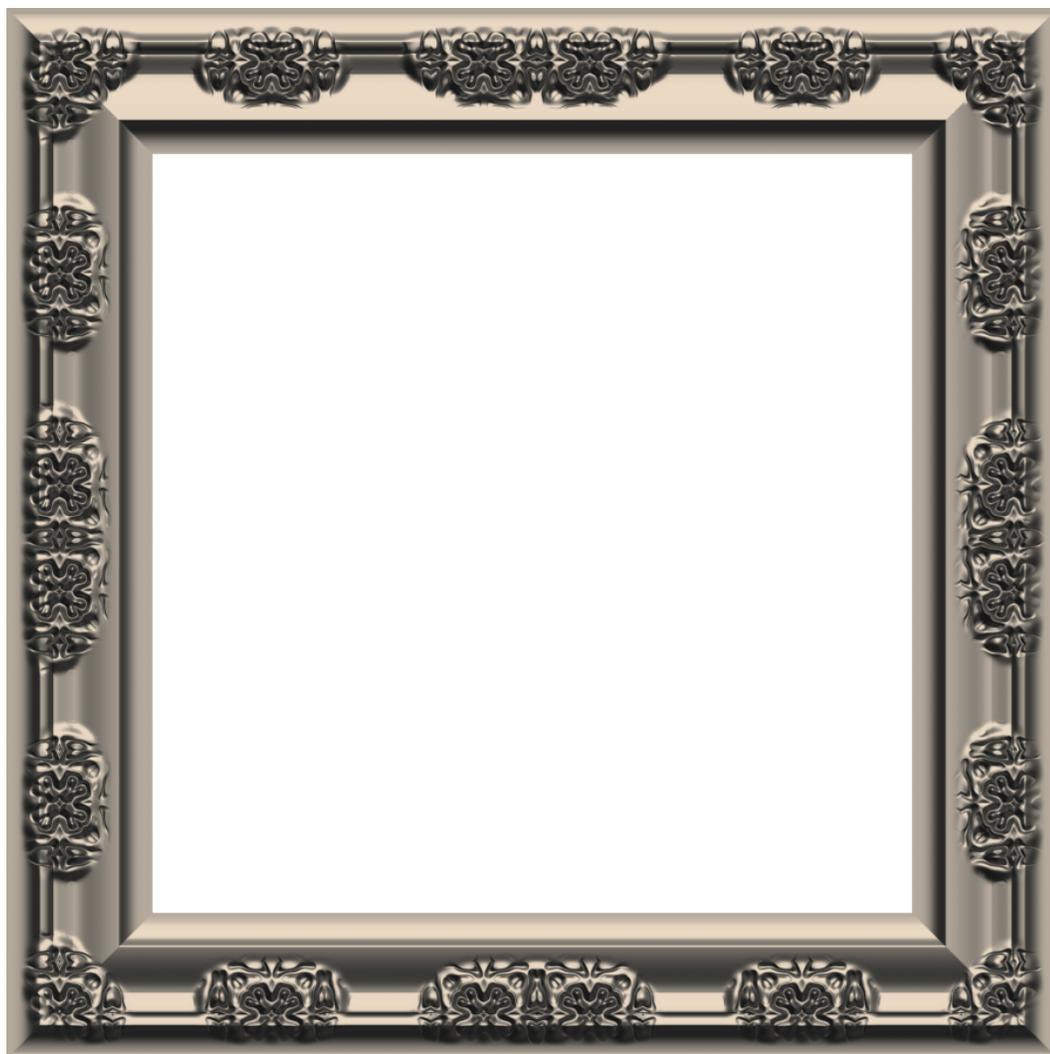


¡Magnífico! Me encanta saber que mi nombre es popular. Ahora, para que me ayudes a recuperar un poco más mi identidad, necesito que me sigas ayudando, ¿quieres? Muy bien. Veamos: en mi mochila traigo dos cosas: mi juguete favorito y una golosina. Imagina qué son: ¿A qué te gusta jugar? ¿Qué golosina te gusta más? Dibújalos para conocerlos yo también.



Uno de estos días

Vaya, se siente bien volver a ser uno mismo. ¡Sí!, lo has conseguido: en todas las fotografías estoy apareciendo, primero el contorno, después los ojos, la nariz, la boca... Sí, mírame!, soy yo! Ahora dime cómo eres tú, haz un dibujo tuyo para saber si somos del mismo tamaño y escribe tu nombre para deletrearlo contigo.



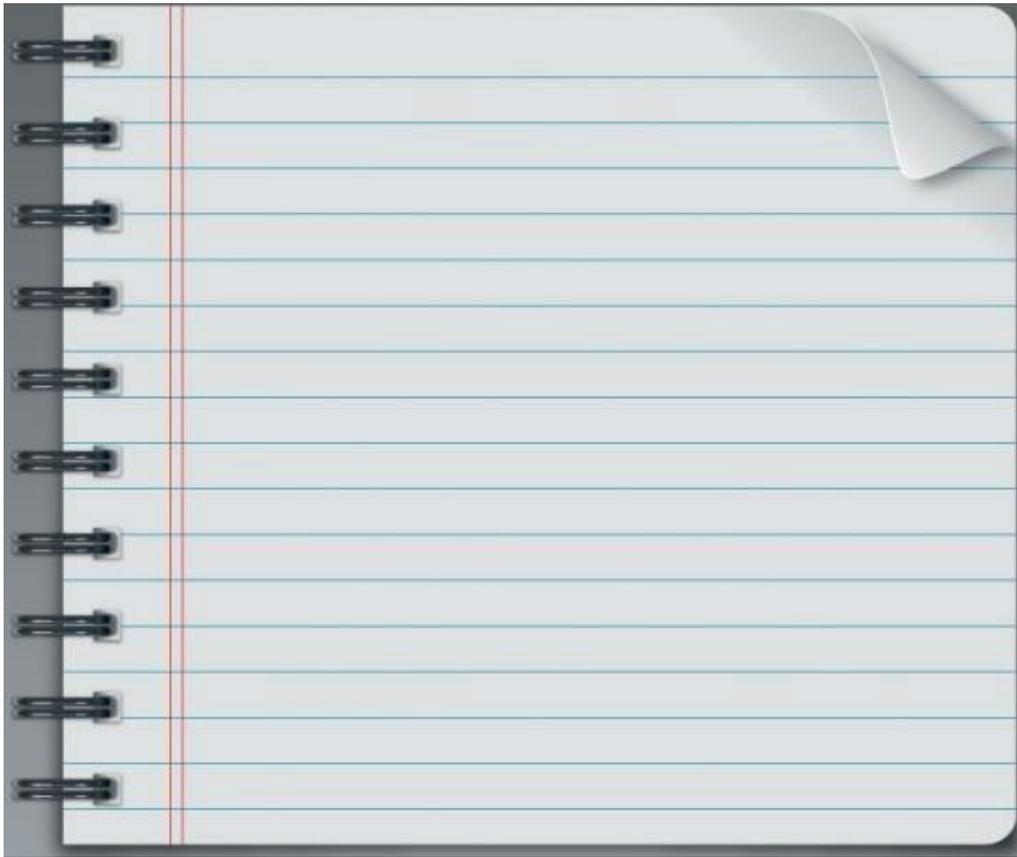
Uno de estos días

Ahora que estoy contigo podremos resolver juntos todo este alboroto. Yo te nombro las cosas que veo y tú escribes su nombre, o lo que hacen o comen, ¿de acuerdo? Muy bien... En el balcón sigue la abuela ronroneando y acicalándose las orejas, tú que conoces los gatos, dibújame uno, así la abuela sabrá que no es un gato...

¡Ah!, se me olvidaba, debes dibujarlo con un poco de comida, porque creo que ya tiene hambre.

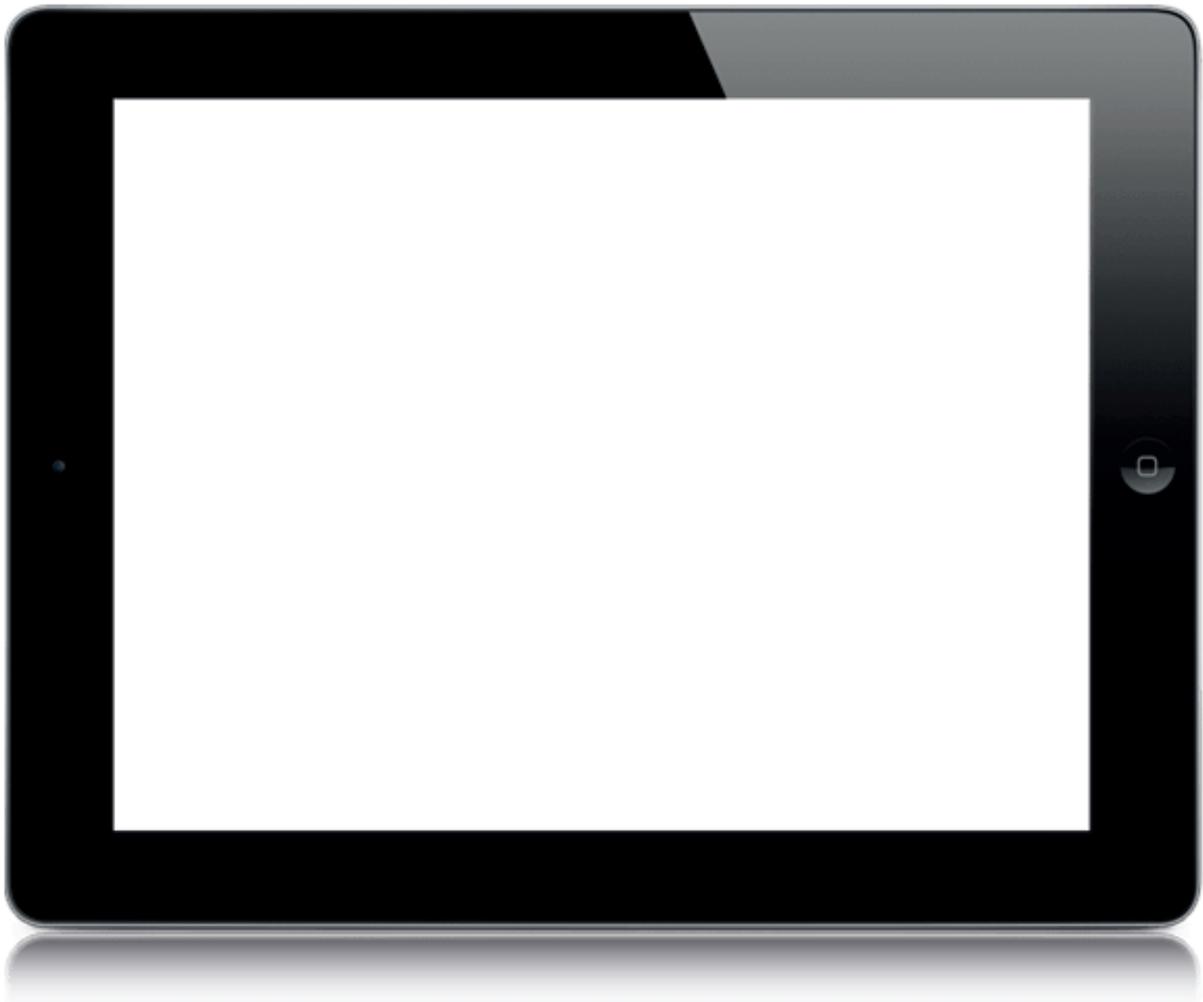


Al salir a la calle nuevamente me he encontrado con esos autobuses que gruñen, uno se está rascando con la llanta trasera. ¿Tú conoces algún animal que gruña y se rasque con la pata trasera? ¡Vamos!, dibújalo...



Parece que está funcionando. Ya sabía que trabajando juntos tú y yo podríamos arreglar todo esto. ¿Ves a ese señor que va adelante?, se ve bastante normal, ¿no crees?, al igual que su mascota. ¿También ves a la señora de bufanda rosa?, camina bastante gracioso, pero creo que está bien, ¿no

crees? Vayamos a casa, quiero que me ayudes a arreglar a mis padres, ¿cómo crees que es mi familia? No, mi papá no tiene bigote, ¡ja, ja, ja!; tampoco mamá. Dibújame con ellos para que los vayas conociendo. ¡Ah!, y no se te olvide mi hermana mayor, Mariana, ¿de acuerdo?



¡Gracias! Todo ha salido bien y me encanta saber que cuento contigo. Parece que todo ha vuelto a ser como antes y no sé si alegrarme; lo que sí me da mucho gusto es que te conocí y ahora cuando tú tengas un problema puedes contar conmigo. Dibújame una gran sonrisa feliz, porque así es como me siento.

CEDHJ
Comisión Estatal
de Derechos Humanos
Jalisco

